

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Dos palabras sobre la novena de Ntra. Sra. del Carmen, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Rosalía, por D. Pedro Escamilla, conclusion.*—*Revista de Madrid, por D. Manuel García Gonzalez.*—*Este mundo es un fandango, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo.*—*Geroglífico.*

REVISTA DE TEATROS.

Días hace que en cuanto á producciones ninguna novedad se ha presentado en los teatros de Cádiz. El Principal no ha podido poner aun en escena la esperada *Loca de Edimburgo* á causa de la enfermedad padecida por la Sra. Solera, y de la que ya hemos tenido el gusto de verla convalecer; lo que nos hace esperar que muy pronto podrá tomar la principalísima parte que le corresponde en las tareas de la compañía.

La dramática parece dormir sobre los adquiridos laureles, y se ha parado en la mitad de su camino, segun puede conjeturarse al ver que nada nuevo nos pone días ha. Hace mal en esto, porque elementos no le faltan para dar gusto al público, y sabe que lo consigue cuando se empeña en ello.

El Balon, como todos saben en Cádiz, acaba de experimentar una de sus frecuentes cuanto inesperadas metamorfosis. Es la cuarta ó quinta que lleva en lo que va de año, de modo que este teatro es una continua crisálida. Nosotros recordamos la primer temporada, ó llamémosla temporada Solís, tan fecunda en peripecias; vino despues la compañía dirigida por el Sr. Muñoz; tras ella hizo irrupcion el Sr. Brotons flanqueado por la Imperial, Santes y Escriu, y con un repertorio entre chico y grande para el que no le bastaran

JULIO.

cuatro compañías como la suya. Esta de que hablamos hacia á bocas lo mismo que á canchales, es decir, que era comun de dos, y como el caracol, llevaba encima hasta la orquesta entera y verdadera.

La última transformación de este teatro ha consistido hasta el presente en volver á la Señorita Ramirez, como allá por principios de año. En efecto, conviene que no se dejen enfriar los recuerdos, así como tambien conviene que estos recuerdos no lleguen á saberse muy de memoria: lo cual quiere decir que á la Srta. Ramirez se la ha vuelto á oír con mucho gusto; pero se la habria oído con mas en cualquiera otra cosa que no fuese la sempiterna *Colegiala*.

Esta ha sido además cantada por el Sr. Carvajal por eclipse del Sr. Vega, y eso que el Sr. Carvajal puede servir para todo en un teatro, menos para cantar. La naturaleza no lo ha querido; pero eso no será obstáculo para que lo anuncien con letra mayúscula en los carteles, segun allí es uso antiguo.

Visto pues que nada de lo actual es nuevo acá ni allá, habremos de volver el pié atrás y ocuparnos de alguna de las zarzuelas aquí no vistas antes, y que han sido egecutadas durante el reinado de la empresa Brotons. A ninguna de ellas hay por donde cogerla de puro mala; pero ese es achaque comun del género: quien dijo zarzuela, dijo disparate y absurdo; dijo en fin carencia absoluta, no ya de arte, sino las mas veces hasta de sentido comun.

Tomemos por primer ejemplo *La cisterna encantada*, que es no la peor ni la mejor, sino la que por el pronto se nos ha venido á las mientes.

Advertirémos antes que el anuncio la llamaba *magnífica*.

Digamos algo de su argumento.

No se sabe la época, pero estamos en Mantua. Gobierno allí un duque pollo y calavera, el cual consagra sus ratos de ocio, que por supuesto son casi todos, á cenar en secreto

con algunos mancebos de su misma estofa, á acosar mozuelas por las calles de su corte, y á hacer caer á otras en la red, con la ayuda de cierto infernal breverage que las trastornaba el seso. El duque soberano de Mántua no tiene, segun se vé, por donde el diablo lo deseché: es una pieza digna de presidio.

No le sucede así á la duquesa. Es una mujer rígida, algo dominante, escelente señora; pero fastidiosa y cócora como ella sola. Por fortuna no es el principal papel.

¿Mas dónde creerán nuestros lectores que tienen lugar aquellas orgías y aquellas escenas de disolucion aristocrática de que hablamos antes? Es en una cisterna; pero cisterna cuyo brocal se halla en medio de una de las principales plazas de la ciudad, ó como si digéramos en lo mas aseadito de Mántua. Sin duda allí y entonces no habia chiquillos desharapados como los que hoy pululan por estas tierras; pues á haberlos, ya la hubieran emprendido á pedradas con la tal cisterna, y ya se habrían descollgado dentro para romper el encanto que se la suponía, sin que para esta suposicion veamos motivo de ninguna especie, fuera de la voluntad del autor de la zarzuela.

Dentro, pues, de aquella cisterna, habia salones magníficamente iluminados, mesas suntuosas cubiertas de manjares esquisitos, aposentos con estátuas de mármol, y en fin una oculta escalera que ponía todo este maravilloso palacio subterráneo en comunicacion con el otro palacio habitado por el duque. El podestá de la ciudad, tonto de capirote, habia tratado repetidas veces de cegar aquella cisterna, aunque solo fuese por cuestion de policia urbana, porque ya se comprende que aquel brocal seria el depósito nocturno de toda la basura del barrio; pero ni del duque amante ni de su antecesor pudo jamás recabar el que permitiesen desapareciese de allí semejante ridiculez, para lo cual ya hemòs visto que no faltaban razones, si nó buenas, valederas al menos.

Conocida ya esta parte topográfica de Mántua segun la zarzuela, parte que es acaso la mas importante de esta última, digamos algo de lo que allí sucede.

Parece que habia por entonces en aquel estado una persona tan parecida al duque que fácilmente se equivocaba con él. Ahora bien, este tal supuso ser él el verdadero duque, tachando al otro de impostor; circunstancia que ponía en alarma á los mantuanos, porque semejante suposicion hallaba eco en los no pocos malcontentos. El podestá, que como ya se ha dicho era tonto, estaba encargado de

buscar y prender al que tenia el atrevimiento de parecerse tanto á su propio soberano.

Este, que en medio de los conflictos políticos que le suscitaba su inoportuna semejanza con su vasallo no alteraba sus costumbres de calaverilla, habia puesto los ojos en una muchacha del pueblo llamada Giovanina, á la que procuraba atraer á la cisterna por cualquier medio; pero es el caso que la tal amaba á un jóven conde, aunque ignorando que lo fuese, y es tambien el caso que el conde no estaba menos enamorado de Giovanina, si bien con fin honesto; cosa rara en Mántua á la fecha de la zarzuela.

Pero hemos dicho que la jóven ignoraba la alta categoría de su amante. Al saberla y al comprender que ya no puede ser suya, se desespera, y para poner fin á su vida se arroja en la cisterna, aunque no de cabeza por miedo de algun chichon. Da en una trampa que cierra el brocal, y aquella trampa la lleva dulcemente hasta uno de los salones de que antes hemos hablado. Por fortuna el susto le ha hecho perder el sentido, y antes que vuelva, el duque le administra cierta póeima, merced á la cual cree hallarse al lado de su amante, á quien tiende los brazos con la mayor inocencia del mundo. El asunto estaba á punto de ponerse mas intrincado que la batalla de Lérida; pero el conde, que por acaso ha sabido cómo andaba por allá abajo su hacienda, avisa é introduce allí al podestá, quien creyendo que el que tenia delante no era el duque sino su parecido, le lleva á la cárcel con todos sus cortesanos. La regañona duquesa iba por tanto á enterarse de todo; Mántua amenazaba ser teatro del escándalo mas inaudito; la corona del duque estaba en un tris. ¿Cómo hallar un remedio á todo esto? De la manera mas sencilla é ingeniosa del mundo. Aquí del talento del autor.

Un tal Angelo, page ó cosa así del duque, favorito del conde y su confidente, estaba en relaciones amorosas con la hija del alcaide de la cárcel, y como estas relaciones eran bastante honestas para que el amante pudiese mediante una llave entrar en la casa todas las noches, resulta que esta llave es la que abre las puertas de la prision al soberano cogido en la ratonera; porque sin duda allí los presos de estado no estaban en encierros, sino que vivian en familia con el alcaide y sus hijos.

Lo demás ya se comprende. El duque, que ha perdido su fuerza moral, no se atreve ni aun á refunfuñar al verse burlado por el conde, quien se casa con Giovanina, si bien llevándosela lejos de allí, á donde no le alcanzan las malas tentaciones de su soberano.

Tal es *La Cisterna encantada*. La música corre parejas con el argumento, que es cuanto en ponderacion cabe.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

DOS PALABRAS

SOBRE LA NOVENA

DE NTRA. SRA. DEL CARMEN.

La magnificencia con que en Cádiz se verifican siempre estos cultos merece bien que de ellos nos ocupemos siquiera sea brevemente, porque si la religiosidad y la esplendidez son dotes especialísimos de nuestra población, nunca se despliegan á mayor altura que lo hacen con ocasion de esta sagrada novena y de estos solemnes dias, durante los cuales nadie absolutamente deja aquí de visitar el hermoso templo del Cármen, el que á pesar de su espaciosidad y desahogo no basta frecuentemente á contener el gentío que en él se apiña desde las primeras horas de la mañana, y que solo cesa mucho despues de las últimas luces de la tarde. En su adorno compiten la riqueza con el gusto mas acendrado; cada altar es una joya preciosa, cada capilla es un primor del arte, cada imagen un objeto de admiracion, realzando todo esto por una prodigiosa cantidad de luces oportunamente distribuidas, y que ofrecen un magnífico golpe de vista.

En el presente año, sin embargo, debemos señalar como espléndida novedad el traje, escapulario y manto de Ntra. Sra., obsequio suntuoso de una devota familia de esta ciudad, cuyo nombre no nos es dado revelar conformándonos con sus deseos. Este completo vestido es todo él de terciopelo con bordados en oro de una delicadeza y buen gusto tales, que bien pueden rivalizar sin temor con los mejores del extranjero.

En justa honra de la persona que ha hecho tan excelente trabajo debemos publicar su nombre. Llámase D. Antonio Cantos y vive en Sevilla, donde ya es ventajosamente conocido por el brillante desempeño de otras obras de la misma especie.

A fuer de españoles nos gozamos en el mérito de un español; á fuer de periodistas creemos de nuestro deber el procurar que este mérito sea conocido y apreciado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ROSALIA.

CUENTO FANTASTICO.

(CONCLUSION).

—Cálmate, proseguí, yo partiré: tu marido lo quiere y es muy justo.... yo aquí soy un estorbo con mi inutilidad.

—Pero dónde irás, desdichado?

—No sé; Dios me guiará.... en él espero....

Luisa se retorcia las manos con desesperacion.

Hubo un momento de silencio: Luisa ya no lloraba y me contemplaba con estraviados ojos.

Por la parte de afuera silbaba el viento con fuerza, rasgándose en los picos de las rocas y moviendo las maderas de la ventana.

De vez en cuando se agitaba la campana de la iglesia, que producía un sonido fúnebre y quejumbroso, muy en armonía con lo triste de nuestra situacion.

Yo me levanté despues de adoptar mi partido, y empecé á hacer mis preparativos de marcha.

Luisa al pronto quiso detenerme; pero no tuvo fuerzas y cayó arrodillada ante una imagen de la Virgen que habia en mi cuarto.

En el piso bajo se sentian los pasos de su marido.

Qué noche aquella!

Yo no sabia lo que era abandonar la pobre choza que le ha visto á uno nacer; donde ha pasado tantas penas y tantas alegrías; donde ha muerto un padre.... una madre....

Dios mio! Dios mio!

¡La casa.... el hogar.... es la mitad del alma; cada rincon es un recuerdo, una tradicion.... la vida entera de una familia!...

¡Pobre de aquel que abandona la casa en que ha nacido, aun cuando en ella haya sido desgraciado, sin sentir que el corazon se le rompe en pedazos y manda á los ojos lágrimas que abrasan!

¡Pobre de aquel que despues de muchos años de ausencia, entre en el hogar de su familia sin descubrirse la cabeza ni murmurar una oracion!

Mil recuerdos en tropel vinieron á asaltar mi pobre imaginacion en aquel momento; recuerdos tristes y alegres.... de ilusiones y desengaños....

En primer lugar, los recuerdos de mi niñez con todo lo que tienen de misterioso y grato para el hombre: el hombre cuando era niño, cuando su pensamiento estaba vírgen de toda culpa....

El beso de la madre, la primera comunión, la bendición del padre moribundo....

Las fiestas de la aldea, el día del Señor, radiante de sol y de felicidad, la verbena, el día de los Difuntos, Nochebuena....

Todas esas alegrías domésticas, presididas por un padre ó una madre, entre los hermanos, y el mendigo que nos hace compañía en el hogar, mientras el perro nos lame la mano ó juega con las cintas de los zapatos.

Todas estas ideas bullían en mi imaginacion sin

orden ni concierto, al pensar en mi inusitado viaje, en tanto que mi hermana arrodillada, rezaba en alta voz la poética salutación del Angel, y el viento se estrellaba en la ventana.

—Luisa, dije con moribunda voz cuando mis preparativos estuvieron terminados, voy á partir no sé adónde; pero voy á separarme de tí quizá para siempre... No llores, que Dios es bueno y no me abandonará si tú se lo ruegas, pues Dios no desoye á los que esperan en él. Luisa, quiero pedirte un favor: tú has sido para mí mas que hermana, una madre cariñosa... por tanto, desearia que me dieras una cinta, un pañuelo, cualquier cosa que te haya pertenecido, con tu santa bendición. Despues que la haya recibido, proseguí echándome á sus piés, así que sienta sobre mi frente el beso de despedida y las lágrimas que vierten tus ojos, partiré mas tranquilo, si no mas consolado.

Luisa no hablaba, no hacia mas que llorar y besarme.

Levantó los ojos al cielo, y delante de la sagrada imagen de María me dió su bendición.

Estaba amaneciendo: la mañana era fria y nublada.

En el último recodo que forma el sendero de la montaña delante de mi casita, que se veía á lo lejos como una paloma durmiendo entre la jara, estaba yo aun, cubierto de escarcha y llorando.

De pronto siento ruido detrás de mí, vuelvo la cabeza, y...

¡Gran Dios!

Rosalía se presentó á mis ojos con su ramo de romero y sus piés desnudos...

—¡Adios! me dijo, y desapareció.

VI.

Yo vivia en Madrid en una habitacion tan reducida y mezquina como mis recursos.

Nunca habia estado en una poblacion tan populosa, ni que me ofreciese tantos atractivos; pero yo tenia aun el corazon oprimido con la triste despedida de mi pobre Luisa y con la aparicion de Rosalía, que solo á mi extraviada imaginacion atribuía.

Cuando el alma está triste, los objetos exteriores nada suponen para ella, y la mia no podia estarlo mas.

¿Qué iba yo á hacer en Madrid, sin relaciones y sin dinero?

Esta pregunta que me hacia yo á mí mismo todas las mañanas al despertarme, era el torcedor de mi espíritu, que me perseguía sin cesar como el zumbido de un mosquito.

Sin embargo confié en que Dios me inspiraria algun pensamiento de salvacion.

Yo habia hecho amistad con un jóven llamado Leon que escribia en casa de un procurador, manteniendo con su escaso sueldo á su madre y hermana; era un muchacho honrado y simpatizamos en seguida.

Me llevó á su casa una tarde: vivia en un piso quinto en la calle del Prado.

Estaba anocheciendo, y la luz de la habitacion era muy escasa: habia tres personas, su madre, su hermana y una muchacha de la vecindad, prometida de Leon; pero yo no podia distinguir las facciones de ninguna de las tres, aun cuando estaba muy cerca de la última.

Leon era locuaz en extremo y estando á su lado no habia medio de terciar en la conversacion mas que por monosílabos.

Yo no tenia mucho deseo de hablar; sentia una cosa inexplicable, una curiosidad de ver la cara á la prometida de Leon, que permanecia silenciosa desde que entré en el aposento.

La madre y hermana de mi amigo reian á mas no poder, y mi curiosidad crecia por momentos.

De pronto se iluminó la habitacion: miré á la jóven que estaba sentada á mi derecha y dí un grito.

La semejanza no podia ser mas completa con Rosalía.

Ella me miró y se puso horrorosamente pálida.

—¿Qué tienes, amigo mio? preguntó Leon; ¿te sientes malo?

—No, no es nada, contesté yo maquinalmente sin atreverme á levantar los ojos.

Será alucinacion de mis sentidos, decia yo en mi interior, Rosalía á muerto: yo he visto caer la tierra sobre su cuerpo inanimado...

Y tranquilizado con esta idea, me atreví á mirar.

Esta vez no chisté ni hice el menor movimiento; pero la sangre se me heló de terror.

Era ella, tal cómo la ví en la ermita de mi aldea el dia de la Virgen.

Sin embargo no abrigué mas tiempo la idea de dar á aquella aparicion un carácter sobrenatural. Me admiró su parecido, y nada mas...

Pero oí su voz y temblé...

La misma dulzura en su acento, las mismas inflexiones, la misma amabilidad...

Aquel portentoso fenómeno empezaba á hacerme desvariar.

Y lo que mas llamaba mi atencion era la timidez con que me miraba, el rubor de su semblante al fijarse mis ojos en los suyos, y la balbuciente voz con que contestaba cuando era interrogada.

Yo no podia estar allí mas tiempo; necesitaba respirar el aire del campo, porque me ahogaba...

Cogí el sombrero y me lancé á la calle; creo que ni aun me despedí.

Mi pecho latia con violencia, tenia calentura.

No habia duda: yo era víctima de una terrible fascinacion. Aquella noche mi sueño fué agitado por mil fantásticas visiones.

VII.

Pasaron tres meses; yo no habia vuelto á ver á Leon desde aquella noche, y aun cuando él me buscó con ahinco, yo traté de huir.

Mi imaginacion estaba mas tranquila respecto á las ideas que el recuerdo de Rosalía me hiciera

concebir; pero mi estado era el mas miserable: hacia veinte y cuatro horas que no habia tomado alimento alguno, y vagaba por la calle con vacilantes pasos, lo mismo que se desliza una sombra en la pared.

Ya no lloraba, vivia maquinalmente.

La mañana estaba fria como mi corazon; y una neblina parda descendia sobre la villa, dando un aspecto fantástico á todos los objetos.

De pronto me siento coger del brazo, y oigo la voz de Leon franca y jovial como siempre.

—Celebro encontrarte, picaron. ¿Dónde diablos te has metido que no te se ha visto el pelo en tanto tiempo?

Yo me escusé como pude.

—Vente conmigo, prosiguió; hoy no me abandonas, ó mejor dicho no te abandono yo: comerás con nosotros en mi casa, y mi madre y mi hermana tendrán mucho placer en verte. Acabo de casarme no hace todavía tres horas.

--Te has casado? le interrumpí.

—Hombre, qué aire tan asombrado tienes!

—Pero... con quién te has casado?

—Con Rosalía; ya la conoces.

—Con Rosalía? dije palideciendo: tú deliras.

—Hombre, si conoceré yo á mi mujer, prosiguió Leon riéndose de mi asombro.

Un temblor convulsivo agitó mis miembros: me apoyé en el brazo de mi amigo y marchamos.

A los pocos momentos estábamos en el umbral de su casa jadeante ya de fatiga y con una ansiedad indecible.

La puerta se abrió, penetré en la sala y caí desfallecido sobre una silla.

Rosalía estaba allí con su traje de desposada, mas encantadora que nunca lo estuvo mujer alguna.

Tambien ella temblaba como yo: esta afinidad de emociones me volvía loco.

Leon salió por yo no sé qué cosa habia olvidado comprar, y como tenia confianza conmigo, me dejó solo: su madre y hermana, en las habitaciones interiores, estaban disponiendo sus trajes, de modo que yo podia hablar sin testigos á aquella mujer.

—¡Sois vos, Rosalía! exclamé sin poder contenerme y mirándola de hito en hito.

Ella hizo un ademan afirmativo con la cabeza.

—¿Pero me conoceis? ¿sabéis quién soy? ¿habeis estado en Sierra Nevada?... ¡Ah! no me engaños, por favor.

Rosalía, sin contestar á ninguna de mis preguntas, ó por mejor decir, contestando á todas ellas, sacó del bolsillo un ramo de romero y le acercó á mis labios.

Ya no dudé mas.

Cogí su mano fria como la nieve, y la besé; despues me senté á su lado, abracé su delicado talle y la dí un beso en la frente riendo como un insensato.

Ella estaba inmóvil mirándome cariñosamente.

Pero me asaltó un terrible pensamiento, y la rechazé de mi lado.

Aquella mujer pertenecía á otro.

—¡Ah! vos me habeis engañado menospreciando mi amor por otras caricias. Vos habeis pronunciado hace poco un juramento que nos aparta el uno del otro para siempre... dejadme.

Rosalía enjugó una lágrima y se arrodilló á mis piés.

—Yo he muerto hace un año, y solo á tí perteneco, murmuró débilmente.

¡Aquella mujer habia muerto y hablaba... ¡y latia su seno agitado, y sus labios brotaban fuego al posarse en mi mano!...

—Pero si no perteneces á Leon, si no le amas, ¿cómo te encuentro en este sitio, y cómo las galas del desposorio atavian tu delicado talle?

—Yo no amo á nadie mas que á tí, y estoy siempre donde tú estás... ¿Porqué abandonaste tu casita blanca de la aldea?

—Rosalía, por favor, dime si estoy soñando, si soy víctima de una ilusion... ¡Oh, esto es imposible!

—¿Quieres seguirme y ser mio para siempre? me preguntó rodeando mi cuello con su torneado brazo de virgen.

Yo no contesté sino dirigiéndome hácia la puerta... estaba loco.

Rosalía empezó á despojarse de sus galas, y en un momento apareció á mis ojos con su antiguo vestido negro y sus cabellos recogidos por un alfiler.

—Marchemos, dijo deslizándose por el aposento.

Yo la seguí maquinalmente, temiendo encontrarme en el camino á Leon ó alguno de su familia.

Salimos á la calle.

Yo rezaba en alta voz para librarme de aquel espíritu; pero el espíritu me perseguía en mi precipitada fuga.

Tuve miedo, y caí de rodillas invocando el nombre de la Virgen.

A la mañana siguiente encontraron mi cadáver sobre las frias losas de la calle.

VIII.

En una alborada de julio caminaba yo por el sendero de la montaña que conduce á mi casita blanca de la aldea.

Las campanas de la Iglesia volteaban alegremente, y arriba, en lo mas intrincado de las rocas, contestaba el esquilon de la ermita como un canto de alegría.

Era la festividad de la Virgen.

Todos los habitantes de la aldea iban en romería hácia el santuario; pero pasaban por mi lado, y aun cuando yo saludaba cortésmente á mis antiguos compañeros, nadie me devolvía el saludo.

—¿Qué es esto? decia yo entre mí. ¿Tan desfigurado estoy que nadie me reconoce?

Y empecé á gritar: Yo soy Anselmo, buenas gentes, Anselmo que vuelve gozoso á su querida aldea...

Pero las buenas gentes pasaban sin hacer caso de mis voces ni de mi persona, y aquello empezaba á incomodarme.

¡Por vida mia que esto es extraño! exclamé de-

teniendo por el brazo á un amigo vecino, ¿no me reconoces tú tampoco?

Pero el hombre se quedó parado sin apercibirse de nada.

Entonces yo corrí como un loco por una senda transversal que iba á parar á la márgen de un arroyo, con objeto de mirarme en su límpida corriente, y conocer de este modo el cambio que el tiempo habia obrado en mis facciones.

Me asomé... y no ví nada.

Acerqué mi semblante cuanto pude al arroyo, y... tampoco apareció en sus aguas.

—¡Qué es esto, Dios mío! exclamé asustado. Hagamos otra prueba; y me volví dando la espalda al sol que brillaba en todo su esplendor; pero sin que se marcara en el suelo el mas ligero contorno.

Lloré, dí voces... mi oído no llegó á percibir las.

Mas ligero que el viento seguí la márgen del arroyo en direccion hácia mi casa, que asomaba por entre el ramaje.

Crucé el puente, atravesé el cercado, la puerta de la habitacion estaba abierta y penetré por ella. ¡Gran Dios!

En medio del aposento habia un hombre sentado en un banco haciendo un ramillete de flores silvestres; una mujer jóven y bonita, pero escesivamente pálida, le ayudaba en aquella operacion.

El hogar humeaba, y en el fondo del aposento, sobre la puerta que conducia al piso superior, una modesta lámpara de vidrio lucia ante una hermosa imagen de la Virgen.

Así que hubieron concluido su ramillete, ambos á dos salieron de la casa y atravesaron el puente, dirigiéndose hácia la ermita.

Yo estaba atónito: entré en la habitacion y me senté al hogar.

Y pasó la mañana, y vino la tarde.

Los alegres clamores de la gente que se retiraba de la ermita, repetidos por el eco, bajaban por la montaña de roca en roca, llegando á mis oídos mas claros y perceptibles cada vez.

Yo lloraba.

Luego se abrió la puerta, y apareció en su dintel la amante pareja que salió por la mañana.

Cenaron tranquilamente, rezaron sus oraciones y luego se retiraron á descansar; todo esto sin reparar en mí que habia estado á su mesa y me hallaba á la cabecera de su lecho.

¡Qué misterio!

Aquel hombre era...

Era yo mismo, y la mujer, Rosalía.

Toda aquella noche velé su sueño pacífico y tranquilo; pero cansado ya al ver que se prolongaba tan raro fenómeno, quise hacer un esfuerzo para llamarles la atencion y volví á gritar.

Yo no me oía.

La mujer sonrió besando á su marido...

Después la lámpara de la Virgen se agitó un momento y dejó de lucir.

PEDRO ESCAMILLA.

REVISTA DE MADRID.

I.

Madrid no es ya Madrid.

Esto, que á primera vista parecerá una paradoja, es una verdad como un templo. Nos explicaremos.

A medida que la estacion avanza, Madrid se va despoblando.

Sus habitantes, abrumados con esta temperatura tropical que nos devora, emigran en masa, huyendo de la coronada villa como de otra Sodoma ó Gomorra.

No hay un asiento en el correo, ni una diligencia, ni un ómnibus, ni siquiera una galera! que no estén ya tomados hasta el mes de Setiembre.

Dichosos los que viajan!

Dichosos los que pueden visitar las frescas orillas del Turia, las deliciosas márgenes del Guadalquivir, ó las aireadas montañas de Galicia, ó las dulces y apacibles brisas de las provincias vascongadas!

¡Bienaventurados los que así gozan, porque ellos no se irán liquidando lentamente!

En cuanto á nosotros, confesamos ingenuamente que nos falta muy poco para acabarnos de fundir en este crisol.

II.

Los teatros se han cerrado.

Los salones tambien.

En cambio se han abierto los baños.

Y qué baños!

Nuestros lectores de provincia ignoran sin duda como son los baños de Madrid.

Vamos á darles una idea de ellos.

Figúrense en primer lugar un río que no es río; pero que tiene conatos de serlo.

Por este río corren unas aguas mas turbias y cenagosas que la conciencia de un traidor de melodrama.

Y al decir que corren, no decimos la verdad.

Para dejarla consignada en toda su exactitud histórica, deberíamos decir que no corren, sino que se hallan estancadas.

Pues bien, en estos *charcos* que forma el Manzanares, es donde se establecen los baños.

Estos baños se componen de cuatro estacas que sostienen otras tantas esteras, formando un cuadrado bastante anchuroso.

A semejanza de las playas de los puertos de mar, y sin duda para parodiarlas, el pavimento de estos baños, va formando declive hasta que el agua llega á la rodilla.

Y sin embargo, hay personas que se ahogan en ellos!

Este es Madrid, y estos sus famosos baños.

La multitud corre á ellos á buscar agua, y solo encuentra arena.

Los teatros, como hemos dicho mas arriba, se han cerrado.

Hé aquí el resumen de las obras estrenadas durante el año cómico:

Circo	19
Príncipe	26
Novedades	15
Jovellanos	31

Total..... 91

Como se vé, la temporada ha sido fecunda, si no por la cualidad, á lo menos por la cantidad.

III.

Pero volvamos al verano.

Las únicas diversiones de que el público disfruta son:

El Circo de Price.

La compañía de ópera cómica francesa del teatro de la Zarzuela.

Las corridas de toros, y

El Prado de Madrid.

En todas ellas, esceptuando el Circo, se respira una atmósfera de 35 grados.

Los desiertos de la Libia son frescos oasis comparados á esta caldera de vapor.

Y cuenta que no hablamos de las obras de albañilería y alcantarillado que envuelven á la capital en una inmensa nube de polvo.

Y este es Madrid!....

Cuándo volverá el invierno?

El invierno con sus noches eternas, sus bailes, sus tertulias, sus teatros, y sus paseos?

El invierno en que, reunidos en el hogar doméstico, en torno de la chimenea, y contemplando con delicia la chispeante llama que forma en caprichosos giros azuladas centellas, asistimos á las deliciosas veladas que constituyen el encanto de la familia, y nos hacen olvidar las miserias de la vida en cambio de una caricia de nuestra esposa, ó de una sonrisa de nuestros queridos hijos.

Pero dispéñanos, lector, si de un salto hemos pasado á la estación que preferimos.

Se nos olvidaba que estábamos en verano, y que el verano no es bueno ni aun para escribir una *Revista de Madrid*.

MANUEL GARCIA GONZALEZ.

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

INTRODUCCION.

Vamos á mostrar al lector una de esas mil escenas que á cada paso ocurren en la coronada villa, que aunque privadas no dejan por eso de saberse,

y por lo tanto de tener cronistas buenos ó malos que las publiquen, cuando en ello no haya perjuicio de tercero, ni sea fácil en el maremagnum de la corte, el poner en evidencia á los actores, y sí ofrecer un rato de solaz al par que enseñanza, porque demuestra las miserias y debilidades de la criatura, que es lo que nos propusimos al emprender la tarea de este libro, de que forma parte la presente novela; no llevando en ello otra mira que la esperanza de que su lectura pueda corregir en algun tanto ciertos vicios de la sociedad, poniendo de manifiesto el ridículo que llevan consigo.

Si lo conseguimos, quedará suficientemente recompensada nuestra tarea y la sociedad recibirá un bien, que harto necesita en la agitada y trabajosa crisis que vamos cruzando, consecuencia natural de la porcion de novedades introducidas en las costumbres de un pueblo que vivia en un grande atraso, comparado con una parte de los del resto de la Europa. Porque el trasformar de arriba abajo las costumbres inveteradas de una nacion, no es obra que se consigue completamente en medio siglo.

I.

Se generalizó tanto en Madrid el llamar *pollos* á los jóvenes imberbes que revoloteaban al rededor del bello sexo con sus sendos cigarros puros en la boca, llevando la voz en las sociedades que los toleraban, lanzando su parecer sin apelacion sobre cualquier asunto que se tratase, no dejando meter baza á nadie y dándose la importancia que en sí aun no podían tener, que consideramos desde luego la aprobacion de semejante apodo como verdadera, como general demostracion de la opinion pública, mas verdadera, mas unánime que otras que se suponen á esta pobre opinion, tan llevada, tan traída, tan esplotada por algunos que pretenden ser sus legítimos órganos.

Hecha esta advertencia con tanto mas motivo, cuanto que un *pollo* va á ser el protagonista de nuestra novela, entraremos en la narracion del asunto, si no confiados en nuestras fuerzas, al menos con la esperanza de la indulgencia del lector, que sabrá apreciar nuestras buenas intenciones.

En uno de los pueblos de Castilla vivia un honrado labrador, que habiendo enviudado hacia quince años, habia rehusado volverse á casar por no dar madrastra al hijo único que tenia de su feliz matrimonio, á quien habia faltado á la mejor ocasion la base esencial para la educacion, que son las madres, quienes comienzan á formar el carácter de los hijos imbuyéndoles saludables máximas que los hacen dulces, afables, les encarnan, digámoslo así, los primeros rudimentos de la religion de nuestros padres, el temor de Dios, el amor al prójimo; los acostumbran á la higiene del cuerpo y á la expansion del espíritu; en una palabra, son el hortelano que empieza á guiar la nueva planta, hasta que estando en sazon viene á manos del científico agricultor, que hace los ingertos de que es susceptible, caminando de este modo á su perfeccion la humana obra.

D. Bruno, que así se llamaba el labrador, si bien era un hombre laborioso, y que por la buena reputación que se había granjeado con su probidad, gozaba de mucho prestigio en la comarca, no era mas que un rústico aunque bien acomodado vecino del pueblo, pues apenas sabia leer y mal escribir; y no queriendo que su hijo careciera de los elementos de ilustración que él echaba tanto de menos, procuró que recibiera una educación mas esmerada, mandándolo al cuidado de un preceptor á la capital de la provincia, y despues á la corte para cursar en la universidad.

Mas el jóven Atanasio, que así se llamaba el nuevo pollo aparecido en Madrid, lleno de resabios, poco aficionado á las tareas eclesiásticas, adelantó tan poco en la instrucción primaria y menos en los dos años que llevaba asistiendo á la universidad, que lo único que sacó en limpio fué una regular forma de letra, y porción de ideas que bullian en aquel cerebro, iniciadas por la multitud de novelas que leia desde que llegó á la corte; de ese turbion de escritos que nos vienen sin cesar del extranjero, de los que estaba llena la mesa de su cuarto; pero sin que apareciera en ella ni uno de los libros de texto de las asignaturas que cursaba.

El romanticismo, la política, en la que se engolfaba dos horas al menos todos los dias en uno de los gabinetes de lectura, el ambicionar ser escritor periodista y el conseguir un empleo, estos eran los sueños dorados del jóven, y ya al tercer año de curso ni una vez asistió á las cátedras, ni se supone, tampoco se presentó á exámen, ni por lo tanto pensó en matricularse para el año siguiente, porque se creia ya bastante instruido para conseguir el objeto de sus aspiraciones.

Ya se vé, tenia ante sí ejemplos que le afirmaban cada vez mas en sus descabelladas ideas, viendo no solo á uno, sino á varios de sus compañeros dejar los estudios para ir á servir destinos que tanto halagaban el amor propio del jóven, observando figurar ya aquellos casi imberbes en puestos arrancados tal vez á algun antiguo empleado, que cargado de familia, habria quizás quedado en una miserable cesantía.

Con semejantes ideas pensó en calcular por qué color político se decidiria. En uno, pensaba para sí, recompensaban bien; pero tenia la contra de que iban tantos á la parte.... En otro, no hallaba padrino que lo introdujera; mas al fin encontró una fracción en que habia una persona de valía, que era al propio tiempo director de uno de los periódicos, el cual se habia servido mas de una vez del padre del jóven para que con su buen crédito en el pais influyera á su favor en las elecciones de diputados, y con semejante idea escribió al autor de sus dias, para que le remitiera una carta de recomendación que le introdujera cerca de aquel personaje; pero guárdándose bien de explicarle el objeto ó fin que en ello se llevaba.

El padre que ignoraba las prematuras aspiraciones de su hijo, á quien creia muy aplicado en seguir sus estudios en la universidad, le remitió una carta muy espresiva para aquel sugeto, que le de-

bia buenos servicios en varias ocasiones, y en virtud de ella fué bien recibido Atanasio. Pero observando el director lo poco que podia dar de sí aquel ente de ideas tan superficiales, por darle gusto y creyendo al mismo tiempo quedar bien con su padre, le empleó en la redacción del periódico en una tarea no científica ni literaria, pues tenia únicamente á su cargo el doblar y poner fajas y sobres á los periódicos que se remitian á provincia.

Por algo se ha de empezar, decia el jóven: dentro de poco escribiré en el folletin, y despues... despues cuando logre darme á conocer, cuando pueda desarrollar al público mis ideas... ¡Entonces!...

De aquí formaba mil castillos en el aire, se transformaba imaginariamente en un consumado y temido escritor, se lanzaba á hacer la oposicion al gobierno, era nombrado diputado con el apoyo de su padre, forjaba en su fantasía furibundos discursos que hacian estremecer la tribuna, retremblar el edificio de las Cortes, hasta que al fin llegaba á ser elegido ministro. Pero aquí paraba su acalorada imaginación, volvía en sí y se encontraba doblando periódicos y poniendo fajas y sobres. Se entristecía, y ya le empalagaba aquella ocupación tan poco propia de un aspirante nada menos que á uno de los primeros puestos del Estado.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

*Tabaco, toros, cartas y vino
llevan al hombre á San Bernardino.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución, núm. 11.

